

# LA NOVELA SEMANAL



El cofre de ébano  
Por Alejandro Sux.



Así como se ha comprobado que ciertas bellezas necesitan de las brisas marinas para reponerse y adquirir lozanía, así también ciertos organismos faltos de elementos para asimilar deben procurar su reposición usando

## “SARGOL”

el cual contiene una combinación química que permite a los delgados asimilar [sin desperdicios los alimentos, habiéndose comprobado su eficacia en un aumento inmediato de carnes desde las primeras tomas.

La Argentina

# Ca. De Micheli y Cia

Avda de Mayo 1001  
esq B de Irigoyen



## Mejor Regalo que un juguete

### En Trajes para Niños

nuestras vastísimas secciones son las que ofrecen, a los precios más convenientes, todo cuanto la moda infantil produce y crea.

- 109 — **TRAJECITO** confeccionado en brin de hilo mercerizado, colores garantidos firmes. De 2 a 7 años..... \$ **9.50**
- 111 — **TRAJE** tric-trac, blusa cruzada, modelo novedoso, confeccionado en galatea inglesa de la mejor calidad, colores azul y blanco y celeste y blanco. De 3 a 9 años . . . \$ **5.50**
- 112 — **ESPLENDIDO TRAJECITO** de nuestra creación, saco sport, en brin de hilo, lavado, color crema, con camisa, blusa de brin muy liviano, cuello ancho, modelo práctico. (Viste igual usándolo sin saco). Completo, para 5 a 11 años..... \$ **15.50**
- 113 — **TRAJE SPORT**, elegantísimo, modelo prolijamente confeccionado en brin tussor lavado, color crema, de 8 a 15 años..... \$ **15.—**

SOLICITE NUESTRO CATALOGO

**Créditos:** Acordamos créditos en mercaderías pagables en 10 meses, sin cobrar intereses y sin recargar los precios. - Pidanos informes.

# La Novela Semanal

Administración: FLORIDA 248 - Buenos Aires

UNICO CONCESIONARIO PARA LA VENTA EN LA CAPITAL FEDERAL  
**LUIS B. GALVAN**

Agente en Montevideo: **C. CHECHI**  
FLORIDA, 1408

Agente en Rosario: **CELEDONIO ECHAVE**  
SAN LORENZO, 1280

APARECE TODOS LOS LUNES CON UNA OBRA COMPLETA  
E INTERESANTE DE LOS MEJORES ESCRITORES ARGENTINOS

==== PUBLICADAS =====

1. **Una hora millonario** de E. García Velloso
2. **La Huelga**, de Hugo Wast (G. Martínez Zuviría)
3. **Artemis**, de Enrique Larreta
4. **Una madre, en Francia**, de Belisario Roldán
5. **Luna de Miel**, de Manuel Gálvez
6. **La Psiquina**, de Ricardo Rojas
7. **Werther y Don Juan**, de José Ingenieros

**El Lunes próximo se publicará**

## UN PEON

de **HORACIO QUIROGA**

==== SUCESIVAMENTE =====

10. **El Instinto**, de Pedro Sonderegger  
Autor de "El Pensador" y "Los Fragmentarios" publicadas en "La Nación"
11. **La Evasión**, de Benito Lynch  
Autor de "Los Garachos de la Florida" publicada en "La Nación"

## PRECIOS

Por ejemplar \$ **0.10**                      Atrasado \$ **0.20**  
Suscripción única, por año \$ **5.—**



# RUIZ Y ROCA

2 - FLORIDA - 2 — BUENOS AIRES

PEINADOS, POSTIZOS, PERFUMERIA

CASA DE PRIMER ORDEN

SOLICITEN CATÁLOGOS

## LOCION HIGIENICA DE EUCALIPTUS



QUITA TOTALMENTE LA CASPA  
EVITA LA CAIDA del CABELLO

Pídase en las buenas Farmacias,  
Tiendas, Peluquerías y Perfumerías.

DIRECCIÓN:

MIGUEL SANS - ARMANDO DEL CASTILLO

# EL COFRE DE EBANO

NOVELA ORIGINAL DE

**ALEJANDRO SUX**

El invierno se anuncia cruel. Estamos en Setiembre y ya hemos tenido necesidad de echar mano de nuestros abrigos. El sol se arrebuja entre espesas nubes. La ciudad comienza a vestirse de gris y la gente de melancolía. En el ambiente todo hay mucha tristeza; mucho dolor y mucho miedo; parece que se presiente la temporada de las huelgas forzosas, del hambre, del frío y de las caridades.

Ayer he tenido un momento verdaderamente doloroso. Estaba parado en el Puente Nuevo, veía pasar la muchedumbre obrera por el de las Artes, y tuve la visión de un cortejo fúnebre interminable... de dos cortejos fúnebres interminables que se cruzaban.

Con esta mala impresión, contagiado del doloroso ambiente y bastante cargado de mi habitual aburrimiento, me sorprendió un grupo de amigos en un café "Biard" del bulevar Saint-Michel, que tiene la particularidad de estar grotescamente decorado con mosaicos, que pretenden reproducir algunas escenas del admirable Imperio de los Ramsés, y la ventaja de vender el pocillo del negro brebaje a diez céntimos solamente. Por lo segundo me encuentra todo el que quiera verme, de cuatro a seis de la tarde y de nueve a doce de la noche.

Todos mis amigos saben ésto. El grupo que me sorprendió estaba formado por tres de estos amigos: Sambuski, Franzoni y Mac Harty. El primero es un ruso pequeño que escribe admirables sonetos en francés y hace esculturas de barro por pasatiempo; el segundo es un estudiante suizo que goza de una pensión paterna muy respetable, y él tercero un pintor inglés que hace también bonitos madrigales para las muchachas del Barrio Latino. Era el cinco de Setiembre.

Cuando entraron en el café riendo y cantando, sentí un escalofrío en la espina dorsal y miré a mis amigos con impertinente curiosidad y no sin cierto asombro. Contemplando la calle bien nutrida de transeúntes afanosos, me había acordado de la visión del Puente de las Artes, y su ruidosa entrada me produjo el efecto de tres deudos que se hubieran vuelto locos en un velatorio. Pero ellos tenían sus razones para estar alegres: el estudiante había recibido su pensión, el poeta ruso iba a publicar su libro de "Sonetos Blancos"

el inglés tenía un lienzo admitido en el Salón de Otoño. Me abracaron, volcaron mi café, pagaron mi aperitivo y me llevaron a cenar un Restaurant Chartier del bulevar Saint-Germain.

\*  
\* \*

A las diez llegamos a Montmartre.

Cuando discutíamos con el cochero la engorrosa cuestión de la opina, me oí llamar de un automóvil que pasaba a la carrera; miré reconocí el rostro pálido y dolorosamente aburrido de mi amigo ermán, que tuvo tiempo de gritarme:

—¡Espérame ahí!

Los otros no le conocían y, naturalmente, me preguntaron quien era.

—Es un muchacho que se llama Germán, que gasta mucho dinero que siempre está sobresaltado, que nadie sabe de donde viene, qué hace, donde vive... que desaparece de París por largo tiempo... nada más.

El retrato no satisfizo a ninguno. Mac Harty, que es curioso como una colegiala y que le encanta todo lo que tenga aspecto misterioso, me interrogó con gran interés:

—¿Pero tú sabes todo eso?

—Yo no sé nada.

—Pero, en fin, podrás contarnos como le conociste.

¿Por qué iba a negarme? Nos metimos en el primer café, frente la puerta, y yo hablé:

—Os explicaré el encuentro extensamente; recordaré antecedentes, nombres, circunstancias; pondré detalles minuciosos, y así podréis formar una figura más acabada de mi amigo Germán, un hombre interesante, verdaderamente interesante.

Después de esto apuré mi copa y la volví a llenar. Encendí un cigarrillo, extendí el brazo, en el respaldo de la silla, dejé caer los pendientes, sacudí la ceniza con la puntiaguda uña de mi meñique, y ablé otra vez:

—En el taller de Monteverde, aquel muchacho mejicano que vosotros conocéis, nos encontrábamos reunidos un grupo de aburridos y e tristes que daba lástima. El día os lo podéis imaginar: era un domingo, un domingo insoportable, frío, vulgar, maniático y comerciante. El bulevar Clichy apoplético de niñas, de soldados, de horras flamantes, de panzudos burgueses y ridículos tenderos con la histeria bien cepillada, las botas opacas y una mujer que parece una caricatura colgada del brazo. Los cafés reventando de gente que arece vengarse del silencio y la seriedad de la semana, de gente que devora bollos sin hambre y se besa en los labios llenos todavía e crema o de la espuma de cerveza. Y como el bulevar Clichy, todos los bulevares.

Como yo hablo muy despacio, el cigarrillo se me apaga frecuentemente. Volví a encenderlo, porque aquella noche, por este motivo e me apagó también, lancé dos bocanadas de humo con placer, miré as caprichosas volutas un momento para hilvanar las ideas, y continué:

—En fin, en el taller nos encontrábamos todos los que no podrían quedar solos en sus casas y odiaban al París dominguero. Allí estaba Lucio Rocamora, el dibujante español que se batió a navajas en Plaisance por los ojos negros de una *gigolette* del mediodía que le recordaba a su chula de Madrid; Praxipoulos, el romántico músico griego que pasea por el Barrio sus crenchas desmayadas y

sus pupilas de mártir bíblico; el sospechoso Souza da Cardeiros Lima, poeta brasileño millonario que se hace la *toilette* como una señorita y gasta una enormidad en perfumes raros, joyas antiguas y bebidas telarañadas; el vizconde Daniel du Barroy, autor de un libro espantoso que se disputan las horizontales del bulevar... No estaba nadie más.

Al llegar aquí tuve que interrumpirme para tomar tres terrones de azúcar que me alargaba Franzoni en la extremidad de un corta papel japonés que nunca abandona por no sé qué extraña manía. Una vez ahogados en la taza, volví a dar lumbre a mi cigarrillo y seguí de esta manera:

—Hablabamos... hablabamos de todo porque, justamente, no teníamos de qué hablar. Rocamora hacia croquis obscenos en su libreta sonriendo con cierta amargura de aburrimiento; da Cardeiros Lima golpeaba con el regatón de una magnífica caña bengalesa la boquilla dorada de un *Murattis* humeante, empeñado en hacerlo brincar como una billarda; Proxipoulos miraba azorado las estampas chinas que vestían las paredes; el vizconde conversaba con el dueño de casa y conmigo, entretenido con las sortijas que esmaltaban sus dedos y los dijes de marfil y de ébano que pendían de la cadena del reloj. Nos contaba una historia terrible con tal acierto, que al poco estábamos interesados todos en ella; una historia de esas que hacen las delicias de Monteverde y que a mí siempre me interesan, a pesar de los desastres que producen en mis pobres nervios. Los licores, el tabaco opiado que fumábamos sin tregua, la luz nostálgica que nos envolvía y la voz opaca del vizconde que bordaba en nuestras imaginaciones fantasías criminosas, sangrientas y perversas, nos embriagó el alma de tal modo, que todos deseábamos la prolongación infinita del momento. Alguien, no sé por qué asociación de ideas, habló del *Gran Guignol*, el simpático teatro de la rue Chaptal. Monteverde preguntó por el programa de la noche, y el vizconde, que todo lo sabe, nos dijo que *Un terrible experimento* era una magnífica obra. No hubo mayores dificultades para ponernos de acuerdo. Un sirviente fué por las entradas, y a las nueve y media, después de cenar, todos, excepto Rocamora que debía acudir a una cita galante, estábamos instalados en nuestras butacas.

Frente a nosotros en un palco bajo, vimos una elegante silueta femenina; digo silueta porque estaba como escondida tras un muchacho pálido, de grandes ojos negros, que mordía el peciolo de un hermoso *mburucuyá*. La dama atrajo nuestras miradas y nuestros anteojos, pero el vizconde nos hizo notar la rara inmovilidad de su acompañante, el dolor de su rostro y la hermosura de sus manos. Nos pusimos a observarle con impertinencia y hasta con maldad.

Da Cardeiros Lima se entusiasmaba con los descubrimientos minuciosos que iba haciendo:

—Veo solamente la empuñadura de su bastón, pero os aseguro que jamás he visto cosa igual.

—Lleva una pulsera... una original pulsera que no puedo saber de qué cosa es.

—... ¡Pero sus manqs, sus manos son maravillosas! — terminaba.

El vizconde nos juró que le conocía, que esas manos ya las había visto en otra parte, que esa palidez ya le había llamado la atención antes, y que esos ojos grandes y apagados ya le habían mirado alguna otra vez.

Durante toda la función, el raro personaje del palco no dejó de mordisquear el débil tallo del *mburucuyá*. Su compañera erá la

única que se interesaba por la obra, y nosotros, que estábamos absorbidos en espiar los menores gestos del hombre, os aseguro que aquella noche no supimos lo que era "Un terrible experimento".

El vizconde, que es un poco testarudo aunque le cuadre mal, se empeñó en saber quien era nuestro vecino a toda costa.

—Inventaré una historia novelesca, — nos decía — le hablaré de un ataque de tuaregs en el Sahara, de un cacería de tigres en Ceilán, de un señor desconocido que me salvó la vida... en fin, algo extravagante que le intrigue. Ya veréis como él ha andado por alguno de esos sitios.

En un entreacto, en el corredor, con un fútil pretexto entabló conversación con él. No sé lo que le dijo, pero lo cierto es que nos le presentó como un antiguo amigo. Así le conocí.

Desde aquella noche le ví muchas veces y, pronto nuestra amistad se hizo bastante íntima, por más que todavía ignore su nombre, su domicilio, su patria y su familia, cosas que, por supuesto, no tienen mayor interés. De su persona sabréis tanto como yo en cuanto le veáis.

Mac Harthy iba a hacerme una nueva pregunta, pero mi amigo Germán abrió la puerta en ese momento y le dejó con la palabra en los labios.

Noté que las miradas de mis tres amigos se dirigieron a sus manos, a las magníficas manos de Germán, que esa noche, por excepción, llevaba en el índice de la derecha una sortija de cuerno de alce admirablemente cincelada. Noté, también, el imperceptible gesto de desagrado que plegó la comisura de su boca, cuando notó que yo estaba en compañía.

Después de las presentaciones, poco cordiales a decir verdad por culpa de mi amigo, que parecía observar a mis camaradas con un interés incomprensible, yo quise disipar esa atmósfera de desconfianza, y golpeando las manos, pregunté:

—¿Qué toman ustedes?

Franzoni y Mac Harthy pidieron whisky Zambuski un Kirsh. Germán se encogió de hombros.

—Es igual, lo que tú quieras.

Pero cuando dije al *garçón* que nos trajera un ponche, él rectificó:

—Nó, para mí un *chartreuse* y una varita de vainilla.

\* \* \*

La conversación giraba alrededor de los viajes a Oriente. Mac Harthy, el más curioso de todos, asediaba a Germán.

—¿Conoce usted la India?

—Un poco.

—¿Ha visto usted el Ganges?

—Sí, dos o tres veces.

—¿Ha de ser hermosísimo el delta! ¿verdad? ¡los *sunderbunds!*...

—¡Oh, muy hermoso!

—¿Ha viajado usted por el interior?

—Conozco algunas ciudades solamente: Benarés, la antigua y sagrada Varanani; Indrarastra, conocida hoy bajo el nombre de Delhi; Calcuta, naturalmente, la población menos indostánica de la India... Lahore; Allahabab, la ciudad de Kali...

—¿Y los templos, y las ceremonias?

—Sería cuestión de darles una conferencia y como no soy catedrático... Lo mejor es visitar aquello, se lo aseguro a ustedes.

Mientras hablaba, Germán mordía distraído la varita de vainilla alternando con pequeños sorbos de *chartreuse*, tan pequeños, que apenas le humedecían los labios.

—¿Por qué no nos cuentas algo de la India? — me animé a decirle apoyando los codos en la mesilla y dejando descansar mi cabeza en las manos.

Germán sonrió, amenazándome con la perfumada varita, me dijo:

—Es la primera vez que cometes una indiscreción conmigo. ¿Por qué?

—He oído contar tantas cosas contradictorias de ese maravilloso país, que deseo saber un poco de verdad; nadie mejor que tú.

—No veo la razón de esa preferencia.

—Tú has viajado, tú lo conoces..... no tienes por qué engañarnos.....

Me miró en los ojos de un modo particular, y sonriendo entre irónico y triste, exclamó:

—¡Quién sabe!

Después, con la vista extraviada, mordiendo nerviosamente la varita de vainilla, quedó unos segundos en éxtasis, como si evocara los paisajes y las escenas de la maravillosa tierra de Vichnú. Nosotros le mirábamos en silencio, le observábamos detenidamente.

Yo pensé que estaría soñando, pero, de pronto, con un gesto brusco, tomó la copa de *chartreuse* y la opuró de un sorbo; luego me miró, sacó un cigarrillo, arrojó la vainilla y me dijo:

—Bueno... ¿por qué nó? Les contaré una historia que, aunque no tiene enteramente por teatro la India, tiene, por cierto, mucho que ver con ella.

Nosotros aplaudimos:

—¡Bravoo!....

Mac Harty, pidió:

—¡Garçon, otro whisky!

Y Germán, consultándome con la mirada, hizo traer dos botellas de *champagne* y me dijo en voz baja:

—Mañana me voy.

—A dónde?

—Eso no te interesa. Esta noche satisfaceré tu curiosidad.

—¿...?

—No me digas nada. Lo he adivinado desde el primer momento. ¡Oh, yo sé las preguntas in mente! ¿Este muchacho?... ¿ese dinero?... ¿ese secreto?... ¿esos viajes?... Todo lo sabrás. Lo único que te pido es que si algún día tienes la ocurrencia de aprovechar lo que te cuente, no pongas mi nombre y procures disfrazar los hechos que pudieran darme a conocer.

Yo esboqué una sonrisa de incredulidad, casi de mofa; luego le pregunté con malicia:

—¿Es una historia?...

Germán me miró con seriedad y afirmó con aplomo:

—La mía.

I

Yo me llamo Germán, Carlos de Garenne; he nacido en la ciudad de Buenos Aires, el veintiseis de Noviembre de 188...; dentro de dos meses, pues, cumpliré treinta años. Además de mi nom-

bre, podría usar, si quisiera, el título de marqués, pero hoy en día los blasones están desacreditados, debido a la competencia de los yanquis; por esto, de mis tarjetas he suprimido la corona que tanto orgullo daba a mi abuelo.

Como os parecerá extraño que haya nacido en aquella ciudad sudamericana a pesar de mi título y mi nombre, os hablaré del origen de mi familia, que no desciende, precisamente, de Salomón o del Rey David.

Nuestro más lejano antecesor, del cual, puede decirse, arranca nuestro poco desarrollado árbol genealógico, es mi bisabuelo, llamado por el Gobierno Provisional de Buenos Aires para instruir las tropas americanas en su lucha con la Metrópoli. En mi casa nunca oí hablar de otros parientes anteriores, tal vez porque este buen breton había hecho desaparecer las sombras de sus padres con el deslumbrante brillo de su gloria. De él sí se hablaba siempre en nuestra casa; mi abuelo, cuando yo era pequeño, me llevaba a la gran sala, y mostrándome el retrato de un militar tuerto, lleno el pecho de cruces y medallas, me decía con el tono solemne que le era habitual:

—Ese, ese es mi padre. Aprende de él, muchacho, que fué un gran guerrero de la independencia de tu patria, después de haber combatido al lado del Gran Napoleón para dar gloria a la suya.

Oí contar tantas veces sus hazañas, que os podría relatar algunas sin el menor esfuerzo de memoria, pero no creo que os interesen más que a mí. Lo cierto es que su retrato figura en la galería de "Guerreros de la Independencia" del Museo Histórico de Buenos Aires que se ha escrito su biografía en dos tomos, no sé por quién, y que mi padre guarda todavía un sable muy mellado, con el cual dicen cortaba las cabezas de los *godos*.

Yo, educado en ese ambiente, llegué a contemplar el lienzo de la sala con respetuosa admiración, hasta el extremo, en mi idolatría, de ofrecerle un ramo de flores, todos los años, el veintiuno de Junio que, según afirmaba mi abuelo, era su día onomástico.

Mi abuelo, a pesar de sus entusiasmos bélicos, jamás había sentido el olor de la pólvora, y menos oído el silbar de las balas. Su vida se redujo a criar sus seis hijos, todos varones y a administrar las estancias que le había legado su padre. El mío era el mayor de los seis, y, aunque también hablaba de la gloria de nuestro antecesor con entusiasmo, tampoco tuvo aficiones militares y vivió siempre metido entre las cuatro paredes de una oficina gubernamental, sin haberse alejado de Buenos Aires más que dos veces: una a Montevideo para tomar baños durante uno de los permisos, y a Mar del Plata la otra, con el mismo objeto y por idéntica circunstancia. En cambio, el segundo, a quien nosotros llamábamos familiarmente Paco, parecía haber heredado el alma de nuestro antecesor, con la agravante, que desesperaba a toda la familia, de tener ideas un tanto estrafalarias y ser aficionadísimo al martirio de los animales, especialmente de los gatos y los perros, a los que sabía descuartizar con una habilidad que amargaba la dicha de mi abuelo. Yo tengo de él una idea bastante clara a pesar de los años transcurridos: era un hombre alto, corpulento, ágil, de mirada penetrante y ademanes expresivos. Entre alguno de los recuerdos suyos que no ha conseguido borrar el tiempo, persiste el de un principio de incendio que sufrió una de las estancias de mi abuelo, donde él se había encerrado para hacer ciertos experimentos, que mi familia calla escrupulosamente. Todas estas cosas y su crónica haraganería, le colocaron en una situación difícil; mi abuelo aseguraba que era loco de remate, y sus

hermanos, incluso mi padre, no le podían ver ni en pintura porque desacreditaba con sus extravagancias el nombre glorioso de la familia. Pero lo que le hizo odioso ante todos mis parientes, fué la teoría que sostuvo sobre nuestro probable origen que hacía remontar a no sé cuantos cientos de años, y por la cual nosotros seríamos descendientes de aquellos terribles piratas normandos que han llenado la historia con sus hazañas. Esto no se lo perdonaron jamás.

Mi tío Paco me demostró siempre un cariño profundo; yo recuerdo que muchas veces jugaba conmigo escondiéndose en los mil vericuetos de la quinta, conduciéndome sobre un carnero por los alrededores, o fabricándome juguetes ingeniosos, sobre todo armas primitivas como flechas, cerbatanas y hondas que me enseñaba a manejar con una paciencia admirable. Cuando fuí mayor, me prestó libros de viajes, de aventuras fabulosas, de inventos maravillosos... retengo en la memoria algunos títulos: "Veinte mil leguas de viaje submarino", "Dos años en la luna", "El año 2.000", "El Africa misteriosa" y la relación de todos los viajes famosos, desde el de Marco Polo a la tierra del Gran Mongol, hasta la expedición de Patiño a los esterros del Chaco. De esta manera, a los doce años hablaba con familiaridad del Congo, de Madagascar, del Sahara, de Persia, del Japón... sabía las costumbres y los nombres de las tribus salvajes más remotas, me gustaba fumar cigarrillos turcos y perfumar mi habitación con pebetes; mi biblioteca se componía de libros antiguos que había conseguido en viejas librerías de arrabal y de otros que mi tío me regaló una vez que supe deletrear el árabe. En cambio, a pesar de que concurría a la escuela desde los siete años, ignoraba por completo los límites de la Provincia de Buenos Aires, la fecha de la batalla de Chacabuco, la tabla de multiplicar, los verbos irregulares y la definición de la circunferencia. Mi padre quería contrarrestar con sus consejos sobre mi porvenir, los efectos de esta educación indirecta, y más de una vez me habló de una carrera que me asegurase una posición honorable; pero yo tenía una pobre opinión sobre su modo de pensar, que Paco calificaba con desprecio de burguesa.

Yo no había cumplido mis catorce años, cuando Paco desapareció sin dejar rastro alguno de su persona, llevándose, eso sí, una gran balija de mi padre llena de libros y de extraños instrumentos que nunca quiso decirme para qué servían. Su desaparición no causó mucho dolor en mi familia; al contrario, yo oí exclamar a mi buena madre con regocijo:

—¡Vaya, por Dios! ¡Al fin nos ha dejado en paz ese demonio!

Mi padre, entonces, intentó recuperar sobre mí la influencia anulada por la presencia de mi tío; en esta tarea ayudábale toda mi familia, que deseaba hacer de mí, el mayor de los herederos, el digno descendiente de aquel marqués de Garenne que, "después de luchar al lado del Gran Napoleón por dar gloria a su patria, había venido a América para contribuir a libertar la mía". Pero todo fué inútil; los consejos, las caricias, las penitencias, los regalos y los ayunos no sirvieron más que para acicatear mis aficiones. Yo continué siendo el reflejo de mi tío Paco con gran desesperación de todos mis parientes. Y como lo que a mí se refiere es largo, engorroso y aburrido, pasaré por alto los años de mi adolescencia, estériles y vulgares dentro del desequilibrio de mi vida íntima.

En mi casa no se tuvo noticia del desaparecido hasta pasados cuatro años. Y fué así:

Como los médicos habían recomendado a mi madre el aire del campo, si quería restablecer su delicada salud, mi padre alquiló una quinta en un pueblecillo de los alrededores de Buenos Aires; allí

vivíamos con mi abuelo, que a fuerza de años y de achaques apenas si se daba cuenta de algo. Yo continuaba yendo a la escuela con el mismo provecho de antes, a pesar de que todos los años obtenía buenas notas en los exámenes, no por mi saber, que era nulo, sino por los regalos que mi padre hacía a los profesores. En una de mis ausencias escolares, se presentó en mi casa preguntando por mí, el jefe de una tribu de gitanos que había acampado en las inmediaciones hacía una semana. Con las sospechas y repugnancia que os podeis imaginar, mi madre, después de interrogarle inútilmente sobre el objeto de su visita, ante sus razones e insistencias, envió un sirviente a la escuela con orden de llevarme a casa. El gitano me observó de arriba a bajo con minuciosidad, cogió mi mano y se entretuvo un buen rato con las líneas de la palma. Después, sacando de entre su chaqueta bordada un sobre mugriento y una cajita de madera, me los alargó diciéndome:

—Francisco de Garenne me encargó hace un año que te entregase esta carta y este estuche; aquí los tienes.

Mi madre, curiosa e intrigada, le preguntó entonces:

—¿Y dónde le ha visto usted?

—Yo le encontré en Iquique una semana antes de que se embarcara. Hubiera podido entregar su encargo más pronto si no hubiese tenido necesidad de esperar el deshielo para pasar la Cordillera. Además he perdido dos días en buscarles, porque yo tenía la dirección de Buenos Aires.

—¿A dónde iba cuando usted le encontró? — pregunté al gitano deseoso de que nos contara algo de mi tío, que en mi imaginación veía reinando ocultamente sobre aquellos nómadas.

—No lo sé. Quizás te lo diga en esa carta.

Antes de despedirse, todavía me dijo solemnemente:

—Te deseo toda suerte de venturas, pero si no quieres morir joven, después de los treinta años no te quedes en tierra los tres últimos meses.

Inútil es que os relate la serie de discusiones y de escenas que siguieron a la visita del gitano; sólo os diré que, para esconder el estuche y la carta, tuve que apelar a todo mi ingenio. Entre mi familia corrió la nueva, y fué tal la curiosidad que despertó la original manera que había tenido Paco de hacer saber de su vida, que desde mi padre hasta el más lejano pariente quisieron saber a todo trance lo que encerraba el estuche y decía la carta. Pero a pesar de sus registros y sus amenazas, no lograron ni lo uno ni lo otro.

El estuche, de madera simple forrada con cuero de guanaco por la parte de fuera, no contenía más que ocho piedras azuladas, redondas, que yo no consideré de gran valor real, pero en las cuales yo veía ocho misteriosos talismanes. La carta, que recuerdo perfectamente, decía así:

“Querido Germancito:

“Los ocho zafiros que te envío, además del valor que por su rareza tienen, te serán más adelante, de gran utilidad. Para que puedas hacer uso de ellos con resultado, es necesario que poseas el que falta; yo te lo enviaré más adelante y en la primera oportunidad. Cuando cumplas los veintidós años, es decir, cuando seas dueño absoluto de tu persona, te escribiré una larga carta poniéndote al corriente de mis últimos experimentos, de cuyo secreto deseo que seas depositario después de mi muerte, y al mismo tiempo explicándote el empleo de los nueve zafiros que para ese tiempo ya estarán en tu poder.

“Desde lejos vela por tí, tu tío:

"Francisco de Garenne".

La llegada de esta carta hizo recrudescer lo que entre los parientes se llamaba "el mal de Paco". Desde ese día me dediqué con más po que me dejaba la escuela, en coleccionar los insectos que encontraba en el campo, según un tratado de zoología que había conseguido. Y como mi padre volviese a darme otra carga de consejos sobre mi porvenir, que él se empeñaba en ver de los colores más obscuros, yo le dije resueltamente un día:

—Yo ya no soy un niño, padre, es necesario que usted abandone los proyectos que tenga formados sobre mí; yo no puedo continuar alentando sus esperanzas con una aparente y fingida sumisión; a mí no me gustan las carreras que usted me ha ofrecido costear. De todas ellas, la única aceptable, en principio, sería la de marino... pero yo no me amoldo a la disciplina...

Mi padre, que yo no sé si estaba pasmado de mi atrevimiento, me dijo entonces, con tono conciliador:

—Bueno, pero, entonces ¿qué piensas hacer?

Yo sabía de antemano que era inútil explicar a mi padre mis proyectos; más aun, yo estaba convencido de que era peligroso para mi libertad, pues, solamente con confiarle uno, hubiera tenido bastante para convencerle de mi locura incurable, de mi manía ambulatoria, como ya decía en voz baja, así es que preferí hablarle de un modo comprensible para él.

—Voy a estudiar la arqueología, y así, más tarde, cuando consiga una misión del Gobierno, podré satisfacer mi ambición de gloria, que usted no me reprochará puesto que es el culto de la familia. Como la época no se presta para conquistar laureles con la espada, pienso conquistarlos con la ciencia para satisfacción mía y para mayor brillo del nombre que abuelo nos legó.

Este discurso agradó sobremanera a mi padre, tanto, que, atusándose las largas guías de su bigote, me dijo:

—¿De modo que quieres ser arqueólogo? Está bien; tú me dirás lo que necesitas... ya sabes que nunca he impuesto una dirección a tu vida. Me agrada tu entusiasmo y optimismo, hijo, me agrada mucho!

A partir de ese instante, yo fui agasajado por mi padre de una manera que llegaba al servilismo. Todos mis caprichos eran órdenes, y como yo adopté una *pose* conveniente, y hablaba de cosas que nadie entendía, me consideraban un sabio. Entonces pude entregarme a mis placeres favoritos con entera libertad. Compré libros, adquirí insectos extranjeros y viajé por el interior de la República, todo y siempre con el pretexto de que lo exigían mis estudios.

La muerte de mi madre, que no pudo resistir mucho tiempo a los ataques de su enfermedad, hizo que nos volviéramos a instalar en Buenos Aires. Allí continué mi vida retirada de antes, entregado siempre al estudio de las lenguas orientales, y enriqueciendo mi colección de insectos.

Sin mayores incidentes que tres o cuatro amorios sin importancia, pasaron dos años, al cabo de los cuales volví a tener noticias de mi tío Paco, por intermedio del consulado de Inglaterra. Allí me dijeron que la voluminosa carta que me entregaban, la había depositado un marinero del *Jumna-Musjeed*, barco de matrícula javanesa, que estuvo en Buenos Aires de paso para las costas del Pacífico. El marinero no había recomendado más que la entrega, sin agregar una sola palabra sobre el remitente.

De buena gana os leería la larga misiva de mi tío, pero como ja-

más llevo papeles encima y la hora no se presta para llegar hasta mi casa, os resumiré su contenido con ayuda de mi memoria.

La carta estaba fechada en Bangalore cinco meses atrás, y decía poco más o menos lo siguiente:

"No sé cuando llegará a tus manos esta carta, pero, de todos modos, pienso que siempre será en la época de tu mayoría. Estoy enterado del recibo de los ocho zafiros. El que falta me ha sido imposible enviártelo con el portador, pero lo podrás encontrar en París, rue Vercingétoris, número 27, cuarto piso, a la izquierda, presentando los ocho que tienes al señor Asmani Saib Sujha, quien te entregará, así mismo, un cofre cerrado y algunos valores. No te presentes antes de pasado un año de esta fecha, porque no le encontrarías, y, si transcurrido ese tiempo no le hallaras, escríbele a Londres como si se tratara de un negocio de piedras. La carta deberá ser escrita en sanscrito, idioma que al recibo de esta dominarás perfectamente, y en ella no harás mención ni del cofre ni de mí. La dirección es esta:

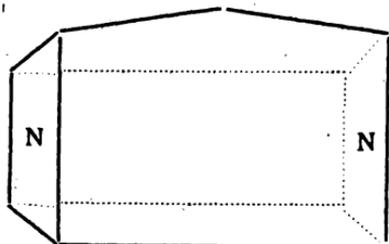
"Mister Bogwan-Ivdar  
15, Sidney Streett,  
London".

"El te responderá y tú seguirás sus instrucciones al pie de la letra. Una vez estén los nueve záfiro y el cofre en tu poder, esperarás tranquilamente nuevas noticias mías.

"El cofre encierra la muestra feliz de uno de mis experimentos, y de ella puedes servirte como de un experto guía para marchar al porvenir. No te doy más detalles. El cofre es de puro ébano, con once dragones de plata incrustada. Notarás que a nueve de ellos les falta la piedra que forma el ojo en la distribución siguiente: A tres de la tapa, los más grandes; a cuatro de los costados repartidos en dos pares, y a cada uno de los que están en las partes laterales más pequeñas. Para proceder a su apertura, de cuyas condiciones especiales te enterará mi amigo Saib-Sujha, harás uso de los nueve záfiro que, si te has fijado bien, llevan una letra, de manera que todos juntos, colocados en orden, forman nuestro apellido. *D. E. G. A. R. E. N. N. E.* Los tres záfiro que llevan la letra *E.*, corresponden a los tres dragones de la tapa, en cuyas órbitas las colocarás con fuerza, hasta que cedan los resortes ocultos que se anuncian por un roce metálico. En seguida coloca las dos piedras marcadas con la letra *N.*, en las respectivas órbitas de los dragones que figuran en los costados más angostos, en esta forma:

"Los záfiro marcados con las letras *D* y *R.*, corresponden a uno de los lados del cofre que tiene los dragones al revés, y las restantes, *G.* y *A.*, al otro. Procura no colocar otra piedra hasta haber percibido el roce metálico del resorte anterior, porque, de no ser así, correría riesgo de estropearse el mecanismo y quedar inservible el cofre; si lo abrieras en otra forma que en la indicada, el contenido no podría serte de ninguna utilidad, destruyendo para siempre su maravilloso poder".

Después me hablaba extensamente del malestar político de la India; de los rajhas himaláyicos descontentos con el gobierno inglés, de las sublevaciones de cipayos en Lahore y de la propaganda anti-británica que hacían los sacerdotes de Buda en las ferias de Hudwar,



entre los millones de peregrinos que acuden anualmente a tomar el baño sagrado en las aguas del Ganges, y llevarse un botijo de ellas sellado previamente con el anillo del brahmin, para atestiguar su procedencia y santidad.

Lo más en relieve en su carta, lo que saltaba a los ojos, lo que se desprendía de toda ella, era un odio ciego a los ingleses. Una frase, repetida tres o cuatro veces en cien líneas, os explicará el motivo de ese odio mejor que todo lo que os diga. "¡Lo están europeizando todo, querido Germán!"

Volví a hablarme, también, de su teoría respecto de nuestro origen. Llenaba cuartillas y más cuartillas, para convencerme de que nuestros antecesores se dedicaron a asaltar los navíos en alta mar, quejándose, sin embargo, de la época que no le permitía continuar la historia sangrienta de nuestros abuelos. Terminaba, sobre este punto, de esta manera:

"No puedo convencerme de un cambio tan radical en las costumbres de los hombres, hasta que no veo ancladas en las radas esas fortalezas flotantes que llaman acorazados. Los chinos son los únicos que no han renunciado todavía, haciendo constar, para la gloria de cada uno, que no todos los piratas del Río Amarillo y costas de Levante son hijos del Celeste Imperio; entre esos bravos saltadores del mar, hay muchos malayos, bengaleses y, sobre todo, filipinos. A pesar de todo, ¡quién sabe! todavía no pierdo la esperanza de empuñar un hacha de abordaje o cargar hasta la boca el cuerpo de bronce de una culebrina!"

La lectura de esta carta destruyó mi tranquilidad de espíritu, y parece que ella despertó en mí ocultos fermentos de una raza aventurera y sanguinaria. ¡Quizás tenga razón mi tío!

Desde aquel día no dormí una noche con la paz de antes. La India y París me obsesionaron de tal modo, que ninguna preocupación casera o social pudo borrar de mi cerebro la visión de esta adorable Lutecia, y de aquel enigmático, terrible, maravilloso Indostán.

Una vez en posesión de mi libertad, pasado el año que me indicaba Paco en su carta, arreglada la cuestión de la herencia materna, etc., etc., con gran pesar de mi padre y disgustos de mis parientes, me embarqué para Europa un viernes por la noche, sin más equipaje que mis libros y mi colección de insectos.

## II

Después de los consabidos días de navegación, las obligadas escalas, las infaltables emociones, llegué a París.

Aunque mi afán de conocer y hablar con el amigo de mi tío era mucho, aunque la curiosidad me agujoneaba tenazmente, aunque estaba intrigadísimo con todo el misterio que rodeaba el contenido del cofre, los primeros quince días los dediqué a visitar los museos. De todos, el que me detuvo más tiempo fué el Guimet. En ese apacible rincón realicé una parte de mi sueño, y viví por adelantado momentos de existencia oriental.

Por preferencias especiales yo me había instalado en el hotel de la *rue Vaugirard*, una modesta casa de huéspedes, silenciosa y grande, que miraba al jardín del Luxemburgo a través de amplias ventanas.

No sabría explicarles el por qué de mi odio a la luz del día, que quizá no sea más que una prolongación de mi odio al movimiento febril de nuestras ciudades modernas, pero ello es que trastorné el orden de mi existencia con respecto a los demás: me levantaba a las

cuatro de la tarde, cuando el sol ya muequea en el horizonte sus últimos momentos de esplendor salvaje, cediendo el campo a la majestuosa serenidad de la noche, y me acostaba a la hora precisa en que con el dorado disco, salen de sus covachas los primeros trabajadores

La soledad es para mí una fuente inagotable de sensaciones; en ella experimento el mismo placer angustioso de los que van a los circos, con la oculta intención de ver como un acróbata se rompe la crisma, como un contorsionista se descogota o como un tigre tritura la cabeza de su domador; quizás hubiera parangón posible con las sensaciones que llevan a una mujer hasta el pie del patíbulo, para ver de cerca guillotinar a un hombre y desmayarse luego. ¡La soledad es para mí la voluptuosidad! Pero me acontece en determinados momentos lo contrario; la soledad, entonces, es el infierno, un infierno espiritual que me llena el alma de favores horribles, de miedo insensato, ¡de un terror que tiene su límite en la locura! En esos casos no puedo permanecer en mi habitación; el aire me falta en cada lugar sombrío veo mónstruos, en los puntos luminosos fauces, y en todas partes garras y espectros.

Una noche, después de haber asistido a la última pieza del Grand Guignol, aburrido de vagar por cafés y bulevares, me encerré en mi cuarto con intención de escribir y leer; yo no sé si debo culpar al asunto de la obra el sobresalto que se apoderó de mí, conforme cerré con doble llave la puerta, pero la verdad es que fueron inútiles todos los esfuerzos que hice para recobrar mi calma habitual, y contra mi costumbre, a las siete y media bajé a la calle para respirar el aire helado de la mañana. Vagué por las riberas del río hasta las doce, y como él sol calentaba bastante y yo estaba aterido, me dirigí al jardín del Luxemburgo, pensando encontrar un sitio apacible donde descansar y abrigarme.

La fuente Médicis tiene grandes atractivos para mí; antes solía pasar agradables ratos apoyado en la baranda del estanque, y mientras el agua me envolvía en el suave arrullo de su corriente, mis ojos se extraviaban siguiendo la ruta caprichosa de algunos de los pececillos rosados que moran allí.

Mi sitio preferido no estaba ocupado cuando yo llegué, pero enfrente, apoyada con negligencia en una rama que se inclina hacia el estanque, una mujer esbelta arrojaba migajas a los peces. Su inocente entretenimiento me distraía. La beatitud del sitio y de la escena derramaron en mi alma una melancólica tranquilidad. La mujer, maquinalmente continuaba arrojando migajas al estanque y yo, no sé por qué, tuve para ella una mirada de cariño, de sincero cariño, de fraternal cariño, os lo aseguro.

Era hermosa y joven. Desaparecida la primera impresión beatífica y romántica, miré a la mujer con ojos menos puros y decidí, con la seguridad del éxito que da París, pasar con ella un momento agradable, para completar la curación de mi espíritu y aplacar las urgencias de mi carne.

Todas las zalamerías estúpidas que decimos a una mujer hermosa en tales casos, no me dieron el resultado que ya esperaba, pues ella, porque no entendía el francés o, porque se burlaba de mí descaradamente, no me respondió más que con tiernas miradas, un poco interrogantes.

La seguí. Ella, como si temiera perderse siguió toda la calle Vaugirard hasta la de Rennes, continuó por ésta hasta la estación Montparnasse, allí mostró un papel a un agente después de haberlo consultado con los letreros de las calles próximas, y entonces cogió la de la Gaité hasta la Avenida del Maine; dudó un momento en la dirección

a tomar y luego cogió a la izquierda resueltamente. Yo titubee. ¿No sería esta mujer alguna de esas aventureras galantes que desvalijan y aun asesinan al crédulo extranjero, en complicidad con una banda de *apaches*? Yo había leído muchas veces esto en las novelas y, como en las calles que cruzaba había visto cataduras siniestras, la duda se hizo convicción y retrocedí.

Siete días después de esta aventura, me hice conducir al número 27 de la calle Vercingétorix, llevando la última carta de mi tío y los ocho zafiros.

La casa me decepcionó un poco; era un edificio viejo y vulgar, con las paredes lisas y las ventanas abiertas sobre el muro sin ningún relieve. Siguiendo las instrucciones de Paco monté la escalera hasta el cuarto piso. En la puerta de la izquierda, sobre una simple tarjeta de cartulina y en caracteres sánscritos, se leía.

### ASMANI SAIB-SUJHA

Me recibió... ¿a que no podéis imaginaros quién me recibió? ¡Ella, la mujer que siete días antes había seguido hasta la avenida del Maine, aquella misma hermosa visión que arrojaba migajas a los rosados pececillos de la fuente Médicis!

Cuando la ví delante de la puerta, muda e inmóvil por la sorpresa, yo adiviné en sus pupilas negras y profundas, asombro, admiración, súplica y miedo. Entonces recordé que desde el carruaje que me había conducido allí, yo había reconocido las mismas calles que recorriera días antes en su seguimiento; ... y volví a sentir por ella, más intensa que la primera vez, un cariño fraternal, dulce y tranquilo.

Parecía en la semi-oscuridad de la escalera, una estatua de bronce de alguna bacante líbica o la figura de la bayadera de Allahabad. Sus hermosos ojos negros agrandados sabiamente con antimonio, fulguraban en la penumbra como dos diamantes sombríos, su cabellera, que apenas asomaba bajo los pliegues de un turbante rojo, enmascaraban de ébano el bronce estatuario de su piel. Vestía, mitad a la europea, mitad a la oriental; las uñas de sus manos estaban doradas, y doradas también las uñas de sus pies diminutos, calzados con sandalias de piel de pantera; en sus brazos mórbidos y elásticos como el cuerpo de la serpiente, delicados tatuajes se destacaban, azulados, como venas.

Me habló en inglés, juntando las manos y clavando en las mías sus pupilas de fuego. Y como yo no entiendo el idioma de Jhon Bull, le dije en sánscrito:

—Soy uno a quien se espera aquí; vengo de América y deseo ver a Saib-Sujha.

Ella pareció comprender entonces, e inclinándose respetuosamente, me condujo a una habitación sobria pero ricamente amueblada. Sin hablar, deslizándose por sobre las alfombras de Smirna como una figura etérea, agitó los pebeteros que se disimulaban entre colgaduras de Persia, y después de llenar de tabaco rubio el *kukaris*, me lo presentó doblando una rodilla. Luego me dijo:

—Saib-Sujha tendrá un gran placer al veros; él me había hablado de vos; sin duda sois el portador de ocho zafiros ¿verdad?

—El mismo soy.

Mientras conversábamos observaba con más detenimiento a mi bella interlocutora y, no sé si porque descubrí tesoros de voluptuosidad bajo las sedas que velaban sus carnes bronceadas, o porque inconscientemente evocé los locos deseos de lujuria que me inspirara

al borde del estanque de la fuente Médicis, sentí un empuje interior irresistible que me tentaba malignamente.

Era bella... ¡Es bella como un demonio la india Sida!... Perdonadme, pero mi cabeza arde cuando pienso en la maravillosa perfección de su cuerpo, en el perfume de sus carnes oscuras, en la vibrante lujuria de sus besos glotones, en el incendio de sus ojos, en la místico-sensual armonía de sus formas... ¡en toda ella, hembra voraz, en toda ella, alma santa y diabólica! Sí, es bella la india Sida, amigos míos, de una extraña belleza sujestionadora, tirana... Tiene su cuerpo dorado, de un oro muerto con tonalidades de acero, la lánguida y terrible flexibilidad de los pitones que acechan en los bosques de su país, la agilidad de los hermosos tigres reales de Bengala, y también, a veces, la inmovilidad de un ídolo. En sus pupilas negras como el corazón de los sunderbunds y misteriosas como la religión de Kali, se asoman los ardores de su sangre como el reflejo de una llama oculta, y brillan con tintes cárdenos... ¡Oh, Sida, Sida!

—¡Ah, amigos míos, no podréis imaginaros jamás lo que esa mujer representa en mi vida!

En fin, Saib-Sujha se presentó.

Correctamente vestido, con esa corrección rígida y austera de los ingleses, la tez de bronce estatuario, la barba y los cabellos como una aureola de sombras que hacían más brillantes sus grandes ojos y más blanca su impecable dentadura, Saib-Sujha me hizo la impresión de un hombre valiente, leal, de gran dominio sobre sí, un poco desconfiado quizás, pero de todos modos simpático y agradable. Correctas como su traje eran sus maneras, y el francés, en que me dirigió la palabra, una vez que Sida se hubo retirado a una seña suya.

Hablamos largamente de mi tío. Saib-Sujha, después de envolverme hábilmente en una red de preguntas que tendían a sondear mi pensamiento y conocer mi modo especial de mirar las cosas, me contó el origen y desenvolvimiento de su amistad con mi tío.

Le conoció... Pero es mejor que os cuente la aventura, porque ella, además de la importancia posterior que tuvo, da a conocer a Paco de un modo completo.

¿Vosotros conocéis la leyenda del Radjahdhava, ese enorme pilar de hierro que se eleva en una ruinoso plaza de Delhi? El Radjahdhava indica el centro de las ciudades que antecedieron a la moderna Delhi, y según la leyenda, se plantó allí para glorificar a Indichtira, hijo de Pandú, después de haber derrotado y hecho enterrar vivo al gran ejército de los hombres-serpientes. Este pilar se baña con sangre de tiempo en tiempo, y ello da pretexto a la realización de ceremonias y fiestas religiosas muy concurridas. (Yo tuve la mala suerte de no poder asistir a ninguna de ellas debido a la formal prohibición de las autoridades británicas). Mi tío asistió a una de esas extrañas ceremonias, que Saib-Sujha no quiso detallarme, temiendo sin duda desacreditarse ante mí, ante mí que he nacido en América, que he leído un poco de historia y viajado bastante, todo lo cual determina un espíritu incapaz de asombrarse ante las más grandes y horribles carnicerías, así sean ellas de semejantes. Yo le perdono con la misma sinceridad con que sonreí aquel día, al notar las tangentes que ponía en el asunto. Estas digresiones no son del caso. Mi tío se encontraba, pues, en una de estas ceremonias, que como ahora, son prohibidas por el Gobierno de Calcuta, perdido entre la multitud de fieles, y como ellos dispuestos a hacer respetar las costumbres del país a los ingleses, en el caso poco probable de que quisieran impedir la fiesta religiosa del Radjahdhava.

Paco es el perfecto tipo del galo: rubio, blanco, alto y fornido;

parece, también, un personaje de los Nibelungos. A pesar del lujoso traje indostánico, su piel, su estatura y su porte le denunciaban claramente hijo de Europa, y en apariencia, hasta hijo de Londres. La multitud, compuesta exclusivamente de indígenas, le miraba con desconfianza manifiesta, a medida que la hora solemne de los sacrificios se aproximaba, y cuando ésta llegó, un verdadero cordón de fieles amenazadores le tenían aislado por completo.

Contra lo que se esperaba, la policía intervino violentamente, y se produjo un choque, en el que se vió envuelto mi tío. Los indios le creyeron un espía y se abalanzaron sobre él con intenciones de asesinarle; en el mismo instante Saib-Sujha se interpuso y le salvó de una muerte segura. Después se conocieron más íntimamente, y el príncipe indio se asoció a los experimentos de Paco, con el mismo entusiasmo con que mi tío se asoció a los planes políticos del rajputa.

—Yo espero carta de su tío, — me dijo después de su breve y conciso relato, — y con ella vendrán noticias importantes para usted. En tanto puedo hacerle entrega del cofre y del zafiro que falta.

Mi tío me hablaba de unas instrucciones secretas que usted tenía que confiarme respecto al cofre y su contenido.

—Sí, sí... pero... ¿es que usted tiene intenciones de hacer algún experimento en seguida? — me preguntó con cierta angustia en los ojos y la voz un poco temblorosa.

Yo le miré interrogativamente. El se excusó confundido:

—¡Oh, perdone usted!... es que no hay material más que para siete pruebas... siete preguntas... La curiosidad es mala consejera.

—No soy un niño, y todavía ignoro de lo que se trata.

—Pero usted es un joven... ¿Está usted enamorado?

Yo me acordé de Sida, y esta vez, como un verdadero escolar, enrojecí.

—Quizás esté usted enamorado, y entonces... — insistió Saib-Sujha al notar mi embarazo.

—¡Sí, del diablo! — exclamé sin mirarle.

—Peor para usted.

—¡Peor! ¿por qué? El diablo, — le dije, — es el único bien que poseemos los impacientes, los que no queremos o no podemos esperar el más allá para gozar.

Saib-Sujha bajó los ojos y suspiró:

—¡Cuán distintas son las ideas de su tío!

—¡Imposible! — grité levantándome.

El indio me apaciguó con un ademán y sentándose a mi lado, me habló paternalmente:

—¡Qué ilusos sois todos los que pensáis así! ¿Queréis decirme quién ha llegado al máximo del placer en el mundo, al delirio del goce, a la quintaesencia de la voluptuosidad? ¡Nosotros, nada más que nosotros!

Cuando hablaba tenía en los ojos un punto luminoso, cárdeno como el que había descubierto en los de Sida, una fosforescencia que atraía como un vértigo y me inmovilizaba en el sofá.

—¡La suprema voluptuosidad! — continuó el indio sin dejar de mirarme, — pregunte a su tío lo que es la suprema voluptuosidad, pregunte a su cofre de ébano lo que es la suprema voluptuosidad...

—¿No es la mujer, acaso? — pregunté tímidamente, pensando en los tesoros que escondería Sida.

El indio sonrió.

—Pocas hay, amigo mío, que sepan los secretos del placer. En nuestro país hay una casta de ellas, pero hay pena de muerte para el extranjero que ose tocarlas.

—¿Cómo, entonces, mi tío puede responderme sobre la suprema voluptuosidad?

—¡Oh, és es de los nuestros! El ha sufrido las pruebas necesarias para ser iniciado en los secretos.

—¿No podría yo hacer lo mismo?

—Nó; es preciso haber cumplido los treinta años.

—Esperaré, — le dije resuelto.

Al despedirnos me entregó un libro de cheques a mi favor, firmados por mi tío, un pequeño estuche de bronce que encerraba el záfiro igual a los que yo había recibido en Buenos Aires, y una maleta de mano forrada de cuero.

—Esto es todo lo que debo entregarle de parte de su tío Francisco de Garenne. Setenta y cinco mil francos en cheques, el záfiro marcado con la letra G, y esa maleta que encierra el cofre de ébano, su mayor tesoro, — me dijo solemnemente, y presentándome un papel agregó: — Es necesario que firme usted un recibo de todo esto.

Mis nervios estaban destrozados por la noche angustiosa y terrible, pasada ante el maldito cofre de ébano, ante tres frascos numerados, con los nueve zafiros sobre la mesa, y las cartas de mi tío abiertas ante mis ojos azorados. Para estar más recogido en mí mismo, apagué la lamparilla eléctrica y encendí una bujía; la habitación estaba envuelta en una penumbra movediza, que hacía bailar sombras en los rincones, y revelaba de pronto resplandores ignorados. Sobre el escritorio tapizado de verde como una mesa de juego, se elevaba el negro cofre como un ataúd en miniatura, como un diabólico ataúd anamita; los dragones de bronce, tuertos casi todos, parecían moverse a las vacilaciones de la llama débil, y los nueve zafiros que yo desparramara sobre el tapete, tenían a veces fosforescencias cárdenas, como los ojos de Saib-Sujha y los de Sida. Entre el cofre y la maleta encontré, con los tres frascos, un papel escrito por mi tío, que decía así:

“7 experiencias.

“3 frascos numerados: 1, 2, 3.

“Volcar primero el número 3.

“Volcar después el número 2.

“Volcar finalmente el número 1.

“Cada frasco 49 gotas.

“Para cada experiencia, 7 gotas por frasco.

“7 *Experiencias solamente.*

“No hacer más que una pregunta.

“Paik-Butan no responderá más que una vez”.

¿Quién era este Paik-Butan que debía responder a mis preguntas? ¿Qué encerraba el cofre? ¿Qué iba a preguntarle que verdaderamente me interesase para no perder una experiencia? Me acordaba de las palabras angustiosas de Saib-Sujha. — “¿Es que tienes intenciones de hacer una experiencia en seguida?” Y las recomendaciones de absoluta soledad?... Os aseguro que nunca se entabló un combate más encarnizado entre el temor y la curiosidad.

Toda la noche la pasé pensando en alguna cosa transcendental que me interesase, para poder justificar ante mis ojos la experiencia. Mil cosas encontraba dignas y por un momento las creía merecedoras de una interrogación al misterioso Paik-Butan, pero luego las rechazaba por fútiles. La verdad es que yo no tenía ninguna preocupación seria.

Cuando amanecía me eché sobre el diván con la idea de dormir un poco, pero los pensamientos más contradictorios se revolían en

mi cabeza, y fué inútil todo esfuerzo. Me dispuse a salir a la calle para respirar el aire fresco de la mañana.

En la portería encontré un sobre perfumado. Como yo no tenía, por aquel tiempo, ningún conocimiento femenino, en París ni estaba comprometido en aventuras galantes el sobrecillo, que denunciaba una mujer en todos los detalles, me intrigó y puso en mi espíritu, ya bastante castigado, algo así como el dolor de un presentimiento. Con desconfianza y hasta con miedo fuí rasgando lentamente los bordes, con mi alfiler de corbata. El perfumado sobre no encerraba más que una pequeña hoja de papel con estas palabras: "Gran peligro. Espéreme usted hasta las once de la mañana".

Con la angustia y el embrollo de suposiciones que os podéis figurar, esperé tendido en mi lecho la llegada del misterioso remitente.

La voluntad me había abandonado. Cuando subí a mi habitación el cofre me inspiró un terror supersticioso, inexplicable y para librarme de su vista cubrí la mesa con un lienzo. A pesar de todo, el cansancio me rindió al fin y quedéme dormido sin tranquilidad, preso de horribles pesadillas, en las cuales el cofre tomaba las más extrañas formas, para arrastrarme a un abismo tenebroso y lúgubre.

En mi atolondramiento había olvidado de cerrar la puerta, y cuando desperté, todavía bajo la acción de la pesadilla, vi enfrente de mí, recostada en el diván, la silueta de una mujer que me observaba sonriendo, enigmática. ¡Era Sida!

¿Cómo explicaros lo que allí pasó? ¿Cómo haceros comprender mis angustias, mis dolores y el infinito placer de aquel momento? ¿Cómo podréis imaginaros los delirios de mi carne casi virgen y los devaneos de mi fantasía en el supremo instante? ¿Cómo hablaros de ella? ¿De su espantoso y adorable refinamiento?... ¡Imposible! ¡Imposible, señores míos!

Con ella llegóme el estado de alma más horrible. Ella era como un extraño monstruo para con mi pobre espíritu, ya bastante castigado y dolorido. Se complacía en martirizarlo hasta lo inimaginable, hasta lo desconocido, hasta la propia locura, ¡hasta el delirio!... ¡hasta un delirio escalonado de espasmos que recordaban a los del amor!... Con ella he conocido los cilicios y su placer, el dolor sabio y los complicados goces que de él nacen. ¡Algún día sabréis, quizás, los secretos de mis noches con aquella mujer diabólica!

Sida me habló del gran peligro que corría, abriendo el cofre antes de los treinta años, por no sé que embrollada serie de circunstancias extraterrenas, que mi tío no había previsto al cedérmelo, y como yo riera de sus palabras, se arrodilló ante mí, y besando mis manos y derramando abundante lágrimas, imploró, rogó, exigió mi acatamiento. Yo le juré solemnemente que no abriría el cofre hasta el día en que cumpliera los treinta años.

He sido fiel a mi juramento. Dentro de dos meses, podré libremente abrirlo, y entonces señores, si vivo aún, os vendré a relatar el resto de mi historia que es necesario dejar trunca aquí.

Dos semanas después de la visita de Sida, los dos dejábamos París, con rumbo a Marsella, para embarcarnos hacia Calcuta.

## EPILOGO

Al terminar de escribir las confesiones que nos hiciera Germán aquella memorable noche de Montmartre, confesiones que no sé si he tenido la habilidad de reproducir fielmente, pero que, de todas ma-

neras, he procurado dejarlas desnudas de vestimentas literarias, sin rellenar huecos ni poner parches en los claros, titubeo al comprender el Epílogo, temiendo una sonrisa de incredulidad en los labios del lector, pues si rara es la historia del descendiente del marqués de Garenne, más extrañas os parecerán las presentes líneas, por las cuales conoceréis el final que mi amigo no pudo relatarnos aquella noche.

Sé bien que los incrédulos reirán de mis pretensiones, pero para estos tengo, — como en las acusaciones criminales, — pruebas suficientes para convencerles. A su disposición, pues, pongo los objetos que tengo en mi poder, entre ellos el famoso cofre de ébano, los nueve záfros, una carta de Germán, un cuaderno manuscrito y una daga florentina del Renacimiento. Y como no quiero que mi promesa se reduzca a simple ofrecimiento, digo a mis lectores incrédulos o al curioso que quisiera ver y tocar los objetos antes nombrados, de historia más que extraordinaria, que, como digo en el Prólogo de este relato, me pueden encontrar todos los días, — excepto los domingos en que huyo del contacto “municipal y espero” — de cuatro a seis de la tarde y de nueve a doce de la noche, en un café Biard del bulevar Saint-Michel, casi frente al Luxemburgo y que, por más señas, está decorado con mosaicos grotescos que pretenden evocar los admirables tiempos de Ramsés. Para simplificar podría haber dado las señas de mi casa, pero ello resulta imposible para mí, pues no la tengo... no vivo fijamente en ninguna parte. Como no pago puntualmente a los hoteleros, con la puntualidad con que lo hacen los respetables empleados de la Administración, mensualmente, y los honrados trabajadores por semana, tengo siempre dificultades para encontrar alojamiento, y me veo obligado, por lo mismo, a cambiar de domicilio con frecuencia... Pero el lector pensará con justicia que este Epílogo se va convirtiendo en un nuevo prólogo, y como yo, más que ninguno, soy un ferviente defensor de la justicia, les doy la razón, les pido disculpa y entro valientemente en materia.

\*  
\* \*

Cuando Germán y yo quedamos solos en el café, después de cordiales despedidas entre él y mis camaradas de barrio, hubo un embrazante silencio, que no sé por qué ninguno nos atrevimos a interrumpir. Después de algunas vacilaciones adivinadas en sus gestos nerviosos, Germán me dijo sin mirarme.

—Tienes que hacerme un servicio, un gran servicio que te agradeceré hasta después de muerto.

Había algo de lúgubre y de fatal en sus palabras, y me estremecí.

—Estoy a tus órdenes por completo, — le dije.

Sin responderme y como preocupado por un íntimo pensamiento, se levantó.

—Vamos, — me dijo, — por el camino hablaremos de ello.

Y sin agregar más, abandonó el café. Yo le seguí sin interrogarle, temiendo interrumpir sus cavilaciones.

Creo que eran las dos de la mañana. Montamos en un automóvil. Germán dijo unas palabras al *chauffeur* que no llegaron a mis oídos. Y partimos.

Durante el trayecto no cambiamos una frase. Germán se hundió en los almohadones, recostando su cabeza en un rincón; yo, sólo podía verle cada vez que pasábamos cerca de algún farol, que iluminaba el interior medio segundo, dejándome tiempo, sin embargo, para adivinar su cara pálida, sus ojos abiertos sin expresión ninguna, y sus

blancas y hermosas manos apoyadas en las rodillas. Más de una vez me zisagueó la idea de que estuviese muerto, tal era su inmovilidad. También temblé y un escalofrío me estremeció la espina dorsal hasta la nuca.

No sé qué distancia recorrimos ni qué tiempo empleamos. Cuando el automóvil se detuvo, vi que estábamos en el Puente Nuevo.

Germán pagó la carrera en silencio, y así también se dirigió al pretil. Yo seguí tras él como un autómeta.

El Sena, solitario y silencioso, deshilachando el reflejo de los faroles rojos y verdes, y borroneando de luz eléctrica las aguas oleaginosas, tenía no sé qué extraña fascinación suicida. A lo lejos, el laberinto de las descomposiciones luminosas, hacían pensar en una fantástica ciudad submarina, apoyada en millones de columnas fosforescentes. El paisaje ciudadano, en gris y negro, acribillado de faroles y focos municipales, y alguna que otra ventana rojiza, daba la sensación de un gran paño sucio y roído por la polilla, que colgase ante un balcón iluminado.

Germán, contemplaba las aguas profundas, puedo asegurarlo, con una mirada llena de voluptuosidad, con una mirada de voluptuosa tristeza, como si contemplase el cuerpo de mármol de una muerta ardientemente deseada. Yo me acerqué más a él, y como estaba bajo la luz siniestra del farol que indica la unión de los arcos, le ví las orejas horriblemente verdes, como si estuvieran en último grado de descomposición. Se volvió hacia mí, y al darle la luz de frente, retrocedí aterrorizado... ¡Todo su rostro era verde, el verdor repugnante de la carne pútrida! Los ojos parecían dos gotas de agua descompuesta, y los dientes que blanqueaban en su boca entreabierta, me hicieron pensar en un agujero rebosando gusanos.

—¿Qué te pasa? — me preguntó al notar mi gesto de espanto.

—¡He tenido un visión horrible, querido Germán! — exclamé convulso todavía.

—¡Una horrible visión! — repitió para sí, y volviéndose a mí agresivo y brutal, me cogió por un brazo y me gritó:

—¡Dime lo que has visto, en seguida!

Su rugido, porque aquello fué un verdadero rugido de bestia, llenó de estupor al enorme silencio que nos envolvía, y los ecos volaron como una bandada de cuervos, en la noche.

Luego se inmovilizó. Sin duda su mismo grito le asustó.

—Perdóname, — me dijo dulcemente, — he dejado de ser un segundo, perdóname y escucha.

Yo no podía hablar de emoción; le afirmé con un movimiento de cabeza, y le cogí fraternalmente la mano con intención de sacarle de allí.

—Bueno, vamos andando, — me dijo sin resistir, — te hablaré del servicio que necesito de tu amistad. No he encontrado en París otro hombre digno de cumplir este encargo que quiero hacerte. Ahora nos separamos; tú irás a tu casa, yo iré a la mía. Mañana tu recibirás una carta... Toma esta llave, guárdala bien. ¿Me juras que no abrirás la carta hasta la hora y en las circunstancias que yo te indique?

—¡Lo juró!

—Bien; mañana a la una, con la carta que te llegará y esta llave que te entrego, te presentarás en la Avenida de Segur, tras de los Inválidos, y delante del número once esperarás hasta la una y media. Entonces llamarás tres veces tirando del cordón de la campanilla; si a las tres llamadas nadie acudiera, con la llave que te he entregado abrirás, y una vez dentro, cerrando de nuevo la puerta de la

calle, seguirás un corredor, atrevesarás un jardín y otro corredor hasta llegar a una pequeña puertecita, que encontrarás con la llave en la cerradura. Después de franquearla, hallarás una escalera que conduce al primer piso, sube por ella, y en la primera puerta que halles golpea otras tres veces. Si no obtuvieras respuesta, abre la carta y según ella, procede. ¿Recordarás todo esto?

—Sí, pero...

—No puedo explicarte nada ¡Adiós!

Y apretándome las manos vigorosa y largamente, se despidió de mí.

Era el 6 de Septiembre. El invierno se había adelantado inesperadamente en medio de las bonanzas de la expirante primavera; los buenos parisienses, sorprendidos por el frío abrían los *placards* de la ropa gruesa, para sacar los azorados abrigos que aun esperaban dormir una cincuentena de días en los estantes.

La carta prometida por Germán me llegó esa misma mañana.

Cuando salí a la calle, tuve la impresión de estar en el mes de Enero.

Una niebla tupida y cenicienta esfumaba el perfil de los edificios lejanos, vestía de gris a los próximos y aminoraba las perspectivas de las calles. En algunos tejados todavía blanqueaba la nieve. En el Luxemburgo las fuentes habían paralizado sus chorros charlatanes, y el estanque parecía muerto, sin barquillas que lo cruzasen, y sin los niños sonrientes que provocan naufragios en miniatura. Los transeuntes huían del frío, desapareciendo en las esquinas fantásticamente, y el rodar de los coches tenía no se que extraño retumbo subterráneo, como si el planeta hubiese sido ahuecado de repente.

¡Poco tiempo ha pasado; aún persiste la tristeza aplastante de aquel mediodía!

Cuando llegué a la Avenida de Segur, solitaria, desnuda, bordeada de árboles calvos y negros, que hacían pensar en un interminable festón de "pata de gallo", casi volví sobre mis pasos, acosado por el miedo.

La casa marcada con el número once, era un edificio recién construido, blanco, frío, con las ventanas sobresalientes como ampollas, y una puerta estrecha empotrada en el muro de piedra hidráulica. Desde allí se veía la cúpula de los Inválidos, como una gran cabeza espiando sobre un muro.

Yo estaba envuelto en una negra capa andaluza, con los embozos verdes, y al imaginarme en aquella soledad como un duende, sentí miedo de mí y por poco echo a correr, gritando.

Mi mano temblaba cuando saqué el reloj. ¡Era la una y media!

Vencidas las vacilaciones, llamé una, dos, tres veces. Yo percibí, apagado por la distancia, el argentino campanilleo. ¡Nadie vino a abrir la puerta, sin embargo!

Antes de introducir la llave en la cerradura, eché una mirada de ladrón a lo largo de la Avenida, para convencerme de que nadie observaba mi maniobra, y una vez seguro de ello, con el terror de lo desconocido en el alma, penetré en un zaguán, cerré tras de mí la puerta con cuidado, y caminé de puntillas, evitando los tropiezos, los roces conteniendo la respiración, y dirigiendo miradas desfavoridas a todos los rincones sombríos.

Un zaguán largo, un corredor obscuro, se abrió ante mí como una boca. A lo lejos, distinguí una difusa claridad. Algo inexplicable, algo poderoso y fatal, me empujaba irresistiblemente hacia aquel claror impreciso.

En el oscuro corredor se apoderó de mí una especie de locura, y corrí, corrí vacilando, golpeándome contra las paredes húmedas hasta llegar al lugar iluminado. Aquello era el jardín, un jardín raiquítico y abandonado, con los canteros leprosos y deshechos, los arbustos flacos y el césped salvaje que crecía hasta en los senderos irregulares. El corredor continuaba después, negro y profundo como la fisura de una montaña. A tientas caminé por él, oyendo el eco de mis propios pasos hasta tropezar con los hierros fríos de una puertecilla. La llave estaba allí, como me había dicho Germán. El chirrido de la cerradura me paralizó de terror, y cuando ya abierta, empecé a trepar los peldaños de la escalara, el corazón me golpeaba el pecho de una manera horrible. ¡La obscuridad más completa me envolvía!

En el primer descanso encontré una puerta, acusada por el débil reflejo de una claraboya. Todas las fantásticas narraciones que había escuchado en mi niñez, acudieron a mi memoria, y vi desfilar una interminable caravana de pequeños gnomos, de minúsculos gnomos cargados con diamantes, de princesas vaporosas, de poderosos genios, y brujas, muchas brujas montadas en escobas, con las uñas largas, los mentones huesudos, avecinados con la nariz clásica de pico de águila, de ojillos tenebrosos y gestos amenazantes; muchas brujas flacas con linternas y varitas mágicas, unas negras, otras rojas, otras verdes... ¡todas horribles, todas prontas a lanzarse sobre mí! Por la claraboya lechosa muchos murciélagos entraban y salían silbando, abanicándome el rostro con sus alas membranosas y frías; a veces asomaba la cabeza redonda de algún buho, que me miraba fijamente como interrogándome.

Por un momento no supe qué había venido a hacer allí, y pensé en una pesadilla. Apenas dueño de mí, recordé las palabras de Germán, y con las nudillos de los dedos golpeé, una, dos, tres veces. Cada golpe se repetía en esos múltiples que se apagaban en lo desconocido. ¡Pero nadie acudió tampoco!

Antes de abrir la carta titubeé aún; presté atención: me había parecido oír como un suspiro tras de la puerta; mi frente se aperló de sudor, mis músculos se contrajeron, un temblor convulsivo se apoderó de mis manos y mis piernas.

Después de heroicos esfuerzos de voluntad, después de haber acumulado mil razonamientos y explicaciones para darme cuenta de mi verdadera situación, rompí el sobre. La carta decía así:

"Mi querido Sux:

"Sida me ha pedido que, antes de embarcarnos para la India, haga un experimento con el cofre de ébano. Yo no puedo negar nada a esta maldita mujer, que adoro como un fanático; le he jurado complacerla a pesar de su anterior prohibición que tú conoces. Lo peor es que ella quiere presenciar la experiencia, y su padre, Saib-Sujha, me encargó sobre todo una absoluta soledad y un riguroso secreto. Como temo una gran desgracia, y no quiero que alrededor de mi nombre se escriban novelas, te recomiendo te ruego en nombre de nuestra amistad, que hagas desaparecer todo lo que pudiera dar lugar a ello. Si al tercer golpe dado en la puerta del primer piso, nadie acudiera, es que se habrá cumplido lo que estaba escrito por la fatalidad. Vuelve entonces el pestillo, y entra. Lo demás será visto por tus propios ojos".

¡Lo demás será visto por tus propios ojos! Sí, mis ojos vieron lo demás, mis ojos que pugnaban por dejar sus órbitas, vieron lo demás... ¿Podré repetir hoy lo que vieron mis ojos?

Cuando abrí la puerta, un vaho nauseabundo y tibio me latigó el rostro; ¡aquello era el olor de la carne quemada, la carne humana quemada!....

No había más luz en la estancia, que el vago reflejo de las ascuas moribundas de la estufa.

Al principio no ví más que esa vislumbre de infierno; luego, sin moverme del dintel de la puerta apenas entornada, con el pecho oprimido y las sienas palpitantes como dos corazones, volví la cabeza a uno y otro lado, descubriendo las siluetas de los divanes, de una mesa grande, de las colgaduras desmayadas, de las cortinas que pendían como ahorcados...; todo impreciso, borroso, perfilado apenas por el agonizante resplandor de la estufa. En el suelo muchas sombras informes, muchas manchas de negrura, y aquí y allá, un inseguro bulto también apenas perfilado por el agonizante resplandor de la estufa. A medida que mis ojos iban acostumbrándose a esa semi-oscuridad, las sombras se transformaban: allá se distinguía un almohadón, aquí un narguile, con la larga boquilla como una serpiente, allá, extrañas botellas volcadas, aquí, vasos rotos; sobre la mesa, un bulto más negro se elevaba como un pequeño ataúd cuadrado, como una urna sin pie, sobre el cual, a veces, me parecía distinguir fosforescencias azules, como si caminaran grandes luciérnagas...

¡Luego, lo espantoso, lo que me enloqueció!... A mis pies, con una mueca de supremo terror, de indescriptible, de desconocido terror, ví a Germán rígido... A su lado, el cuerpo tatuado, vuelto de espaldas, de una mujer desnuda, con una daga hundida en las vértebras... Más allá, medio quemada y humeante todavía, una cabeza de momia que reía, que reía descubriendo dos filas de dientes blancos.

*Alejandro Sux*

---

**PIDASE A LOS VENDEDORES DE DIARIOS,  
LOS NÚMEROS ANTERIORES**

# CASA ROSETTE

de Lorenzo Escayola = CORRIENTES  
y MAIPÚ

En exposición el surtido de calzados más selecto, para Hombres, Señoras y Niños: **Este surtido de Calzados** ha sido preparado especialmente para la estación de Primavera y Verano y estamos seguros de presentar lo más grandioso que se ha visto hasta hoy en Buenos Aires.

Por consiguiente le estimaremos una visita a nuestro **Establecimiento** a fin de que Vd. pueda apreciar la magnitud de nuestra Exposición.

- 
- No. 301. Bota becerro color, combada y forrada, en cabritilla muy especial y liviana... \$ **85**
  - No. 315. Bota box calf, combada ..... \$ **55**
  - No. 1753. Bota color, con correa, combada ..... \$ **55**
  - No. 1745. Bota vaqueta, caña blanda ..... \$ **45**
  - No. 1718. Bota box calf negra, caña dura..... \$ **40**
  - No. 1719. Bota becerro color, caña dura..... \$ **40**



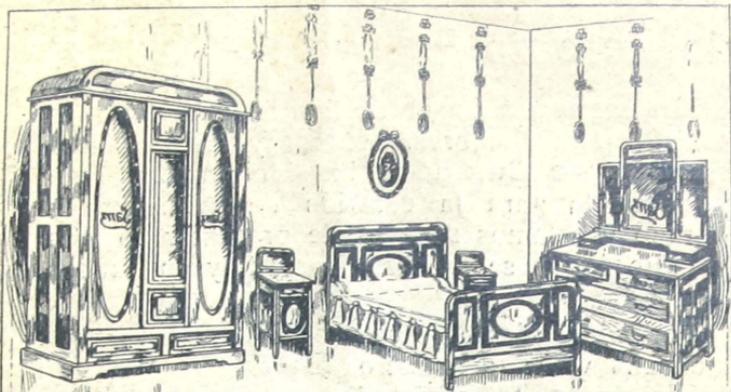
CALZADO  
NACIONAL

En venta en  
nuestra Casa

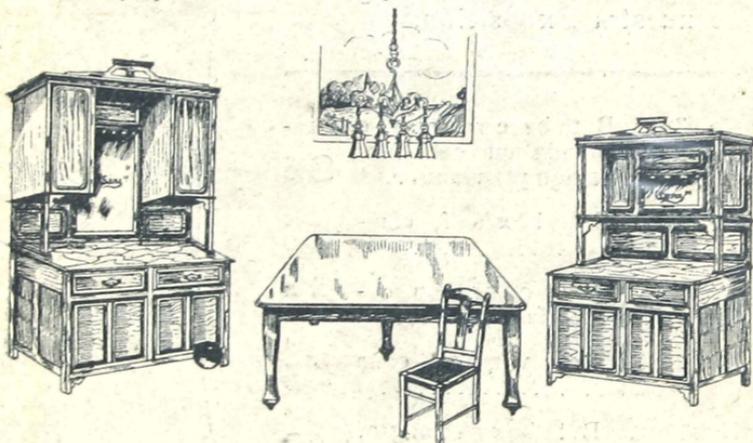
# Muebleros y Particulares

COMO SIEMPRE CON  
:: PLATA EN MANO ::

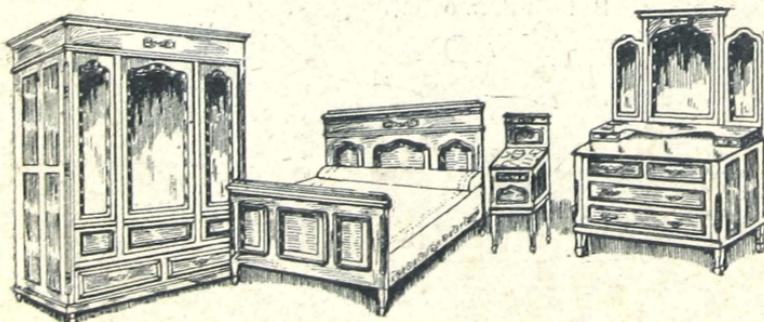
**CASA SANZ** 826-Sarmiento-844



**DORMITORIO** 3 cuerpos, roble o cedro caoba, macizo, importado, con bronce, 9 piezas. — Colcha obsequio..... \$ **300**



**COMEDOR INGLES** muy sólido, roble macizo, con bronce, lunas biseladas y mármoles finos.—Obsequio, 1 camino de mesa ..... \$ **170**



Elegante y sólido dormitorio, 8 cuerpos, roble importado, con bronce, para matrimonio, 10 piezas, 1 colcha obsequio ..... \$ **275**

**CASA SANZ**—826-Sarmiento-844—Casi esquina Esmeralda  
No tiene sucursal — F. RAMOGNINO — Embalaje, catálogos y flete gratis

